

Jesús y las mujeres: encontrarlo, seguirlo, ser sus testigos

Ana Cristina Villa Betancourt

Texto completo correspondiente a una conferencia pronunciada en la Asamblea General del Centenario de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas, Jerusalén, 6 de octubre de 2010. www.wucwo.org

INTRODUCCIÓN

Ante la enorme tarea de presentar la relación de Jesús con las mujeres, según aparece en los Evangelios, en un breve lapso de tiempo, nos vemos obligados a escoger. Pero ¿con qué criterio hacerlo? Son tantos y tan hermosos los encuentros de Jesús con las mujeres. ¿Cuál analizar y cual dejar de lado?

No es difícil encontrar en los evangelios testimonios de la novedosa actitud del Señor Jesús hacia las mujeres. No es difícil constatar lo que Juan Pablo II decía al respecto en la *Mulieris Dignitatem*: Jesús «superando las normas vigentes en la cultura de su tiempo, tuvo en relación con las mujeres una actitud de apertura, de respeto, de acogida y de ternura. De este modo honraba en la mujer la dignidad que tiene desde siempre, en el proyecto y en el amor de Dios.»¹ No es difícil encontrar en «la Palabra de Dios [...] el radical fundamento antropológico de la dignidad de la mujer, indicándonoslo en el designio de Dios sobre la humanidad.»² Nuestro Señor es maestro excelente de la belleza y nobleza de esta dignidad de la vocación de la mujer. Viendo su actitud y su amor hacia las mujeres, el modo como se acerca a ellas y las llama, no puede no encenderse nuestro propio corazón ante quien así nos conoce, quien así nos mira y nos llama también hoy a nosotras, en los primeros años del tercer milenio de nuestra fe, en un mundo como el nuestro, invitándonos a llevarle precisamente a este mundo su mensaje. Estando aquí, en su tierra, es ocasión privilegiada para encontrarlo, para una vez más escuchar su voz, renovar nuestra propia vocación a seguirlo y ser sus testigos.

Pero volvamos a Jesús. En los Evangelios encontramos pruebas de Jesús hablaba públicamente con las mujeres, para sorpresa de sus discípulos (*Jn* 4, 27), incluso hablaba con mujeres paganas como la siro-fenicia (*Mc* 7,24-30). Permitted que un grupo de mujeres, entre ellas María de Magdala, le siguieran

¹ JUAN PABLO II, *Carta a las Mujeres*, 3.

² *Idem.*, 6.

y le sirvieran durante su actividad apostólica (Lc 8,1-3). Jesús, además, entablaba con las mujeres diálogos profundos sobre el reino de Dios, contrario al uso habitual de los rabinos de su tiempo, que lo habrían considerado algo inútil o inconveniente: «habla con las mujeres acerca de las cosas de Dios y ellas le comprenden»³. Por ejemplo, la mujer samaritana es una de las pocas personas que Jesús catequizó individualmente. Otro sería Nicodemo. Pero la respuesta sincera y activa de la mujer de Sicar (Jn 4,1-42). contrasta con la fe parcial e imperfecta de Nicodemo (Jn 3,1-15). En la casa de Betania, a diferencia de su hermana Marta, María se olvida de todo, preocupada tan sólo de no perder ni una sola palabra del maestro, huésped suyo. Y Jesús la presenta a ella, una mujer, como el ideal del discípulo, así como su hermana Marta encarna en Jn 11,21-27 el ideal del creyente. En efecto, Marta, ante la auto-revelación de Jesús, pronuncia su profesión de fe, equivalente solamente a la de Pedro en Cesarea de Filipo: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir al mundo» (Jn 11,27)⁴.

Las mujeres no abandonaron a Jesús en las horas últimas y más trágicas de su vida mortal. Citando nuevamente a Juan Pablo II: «De los apóstoles sólo Juan permaneció fiel; las mujeres eran muchas. No sólo estaba la Madre de Cristo y “la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena” (Jn 19, 25), sino que “había allí muchas mujeres mirando desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle” (Mt 27, 55). Como podemos ver, en ésta que fue la prueba más dura de la fe y de la fidelidad las mujeres se mostraron más fuertes que los apóstoles; en los momentos de peligro aquellas que “aman mucho” logran vencer el miedo.»⁵

Cuando Jesús resucitó de entre los muertos, las mujeres llegaron primero al sepulcro, antes de que amaneciera el primer día después del sábado. Fueron las primeras que encontraron el sepulcro vacío, las primeras que escucharon el anuncio: «no está aquí, ha resucitado» (Mt 28, 6) Jesús «se apareció primero a las que habían sido testigos de su muerte y sepultura para hacerlas testigos y "evangelistas" de su resurrección ante los apóstoles.»⁶

Siendo que nos hemos reunido aquí para meditar en el llamado que Jesús nos hace a nosotros, hoy, aquí en su tierra, a ser sus testigos, me ha parecido conveniente tener como criterio de elección el encuentro de Jesús con mujeres que después se convierten en sus testigos, y que de ello encontramos

³ JUAN PABLO II, *Mulieris Dignitatem*, 15.

⁴ Cf. G. RAVASII ET AL. (ed.), *Nuovo Dizionario di Teologia Biblica*, 2213.

⁵ MD, 15.

⁶ Cf. G. RAVASI, 2213.

testimonio explícito en los Evangelios. Siguiendo este criterio evocaremos el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, con sus amigas Marta y María de Betania y con María de Magdala el día de su resurrección, junto al sepulcro.

I. La mujer samaritana

Juan 4, 5⁷ Llega, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José; ⁶ allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. ⁷ Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dice : Dame de beber. ⁸ Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. ⁹ Le dice la mujer samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana? (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.) ¹⁰ Jesús le respondió: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: "Dame de beber", tú le habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva. ¹¹ Ella le dijo : Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¹² ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados? ¹³ Jesús le respondió: Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed, ¹⁴ pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en una fuente de agua que brota para vida eterna. ¹⁵ Le dice la mujer: Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla. ¹⁶ Él le dijo : Vete, llama a tu marido y vuelve acá. ¹⁷ Respondió la mujer: No tengo marido. Jesús le dice : Bien has dicho: que no tienes marido, ¹⁸ porque has tenido cinco maridos, y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad. ¹⁹ La mujer le dijo: Señor, veo que eres un profeta. ²⁰ Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. ²¹ Jesús le dijo : Créeme, mujer, que llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. ²² Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. ²³ Pero llega la hora, y estamos en ella, en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. ²⁴ Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorar en espíritu y en verdad. ²⁵ Le dice la mujer: Sé que va a venir el Mesías (el llamado Cristo); cuando venga nos lo desvelará todo. ²⁶ Jesús le dice : Yo soy, el que está hablando contigo. ²⁷ En esto llegaron sus discípulos y se sorprendían de que hablara con una mujer, pero nadie le dijo: ¿Qué quieres? o: ¿qué hablas con ella? ²⁸ La mujer dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: ²⁹ Venid, a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo? ³⁰ Salieron de la ciudad e iban hacia Él. [...]

Juan 4, 39 Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él por las palabras de la mujer que atestiguaba: Me ha dicho todo lo que he hecho. ⁴⁰ Cuando llegaron a él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos; y se quedó allí dos días. ⁴¹ Y fueron muchos más los que creyeron por sus palabras, ⁴² y decían a la mujer: Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído, y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.

⁷ *Biblia de Jerusalén. Nueva edición revisada y aumentada*, equipo de traductores de la edición española de la Biblia de Jerusalén, 1998. Es la versión utilizada en todas las citas bíblicas a lo largo de este trabajo.

El hermoso pasaje, uno de los diálogos más bellos del Evangelio⁸ que narra el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, se encuentra en la primera parte del evangelio de San Juan. Jesús había iniciado su ministerio en Galilea, donde tuvo lugar el primer milagro realizado a pedido de su Madre en la boda de Caná; luego se nos narra el paso de Jesús por Jerusalén con ocasión de la pascua de los judíos. Aquí estamos a la altura del capítulo cuarto del Evangelio, donde Juan nos narra el regreso de Jesús de Judea a Galilea con sus discípulos. Han empezado además sus roces con los fariseos, así que decide regresar a Galilea. El evangelista nos dice que *tenía* que pasar por Samaria, pero había otras rutas (subir por el Jordán) evitando Samaria. Quizá *tenía* que hacerlo entonces porque lo requería su misión. El encuentro que tendrá lugar nos podría dar una clave para entender por qué Jesús *tenía* que pasar por Samaria.

Llegan a Sicar en Samaria y Jesús, cansado del camino, se sienta junto al pozo mientras sus discípulos se van a la ciudad a comprar de comer. Era alrededor de la hora sexta, nos dice el evangelista, mediodía; una mujer llega a sacar agua. No se nos dice el nombre de la mujer, no llega acompañada de otras mujeres, lo hace en el medio del día y no en la mañana ni al atardecer... Encuentra un judío desconocido que comienza a hablarle y le dice «dame de beber».

Esta sencilla frase inicia un diálogo por iniciativa de Jesús. Un diálogo que desde su inicio es «provocador» pues este judío desconocido no solo se atreve a dirigir su palabra a una samaritana, por lo demás mujer, sino que le pide de beber. «Los judíos no se tratan con los samaritanos» nos dice el evangelista explicándonos lo peculiar de la situación; la expresión también podría traducirse «no se sirven de los mismos objetos.» Pero con su iniciativa, con su «provocación» Jesús logra que se instaure un diálogo.

«Dame de beber» es la frase con la que se inicia el diálogo. Jesús tiene sed; no solamente sed física, por el calor y el cansancio del camino. Tiene sed de la fe del pueblo, «quien pedía de beber tenía sed de la fe de esa misma mujer» dice San Agustín, y añade «siempre tiene el Señor sed por la fe de aquellos por los cuales ha derramado su sangre.»⁹

La mujer, aunque se sorprende de que un judío se dirija a ella, no rechaza el diálogo; al contrario, responde resaltando que ha sido él quien ha iniciado el diálogo: «TU, siendo judío me pides de beber A MI que soy una mujer samaritana», tu... a mí...: evidenciando una relación personal. ¿Tú te diriges a mí? San Juan Crisóstomo se maravilla, y con él nosotros, del carácter de esta mujer;¹⁰ nos dice

⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Mulieris Dignitatem*, 13.

⁹ SAN AGUSTÍN, *In Ioh. Ev.* XV, 11.

¹⁰ «Obsérvese el carácter inquisitivo de esta mujer, porque aunque Jesucristo debía tomar precauciones para comunicarse con ella, no le sucedía a ella lo mismo respecto de Jesucristo. Puesto que no dice el Evangelista que los samaritanos no debían comunicarse con los judíos, sino que indica antes: "porque no comunican los judíos con los samaritanos". Los judíos, al volver de la cautividad, miraban con recelo a los samaritanos,

que es una mujer inquisitiva, casi suena un poco atrevida. Los judíos miraban con recelo a los samaritanos; ella parece sugerir: tú no deberías estar hablando conmigo y en cambio lo haces, ¿por qué?

Pero Jesús no entra en el tema de la oposición étnica; desde el principio sus palabras empiezan a invitar a la mujer a ir mas allá. Casi como queriendo aprovechar de que se encuentra ante una mujer inquieta, inquisitiva, en búsqueda...

Y pronuncia una frase enigmática: «Si conocieras el don de Dios...» ¿Qué significa el don de Dios? ¿De qué don está hablando Jesús? ¿Acaso habla del pozo, vital para este pueblo, que había recibido como don de Jacob mismo? Pero Jesús relaciona este *don de Dios* inmediatamente a sí mismo: «si conocieras el don de Dios y quien es el que te dice dame de beber»; esto parece indicar una identificación: Jesús mismo es el don de Dios «porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito...» Si conocieras el don de Dios, el Dios que dona, el Dios que se te dona... Si no vivieras día a día como si no tuvieras a un Dios que en todo se te dona para darte la verdadera vida... Si supieras, «tú habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva.» Agua viva. Él tenía sed pero ahora ofrece lo que antes pidió.¹¹ Ofrece un agua mejor, viva no solo en oposición a estancada, viva en sentido de que no es el agua de esta tierra.

La mujer no entendió las palabras llenas de misterio con las que habló Jesús. Pero empieza a preguntar, intentando entender mejor. «¿De dónde tienes esa agua viva?» pues esa expresión «agua viva» le ha interesado, ha despertado algo en su corazón, un anhelo, una sed por esa agua misteriosa de la que este judío misterioso habla.

«De donde» es una expresión que en el cuarto Evangelio está ligada al misterio mismo de Jesús. Pilato preguntará a Jesús en el Pretorio «de dónde eres tú?» (*Jn* 19, 9) sin obtener respuesta. Discutiendo con los fariseos Jesús dirá «yo sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de donde vengo ni a dónde voy» (*Jn* 8, 14). La mujer usa esa expresión para empezar a penetrar en el misterio de este hombre que ha encontrado en su camino. «¿De dónde tienes esas agua viva?»

De ahí le pregunta «¿eres más que nuestro padre Jacob?» pero Jesús no contesta directamente sino que regresa a comparar el agua del pozo con el agua que Él da. El agua del pozo sacia la sed, pero la sed regresará. El agua de Jesús hará no tener sed jamás, saciará la sed más profunda, la sed de Dios mismo¹². Eso responde

considerándolos como extranjeros y enemigos, dado que no se servían de todas las Escrituras, no aceptando sino los libros de Moisés, sin cuidarse para nada de los libros de los Profetas. Ponían todo su empeño en inmiscuirse con la nobleza judía, en tanto que los judíos los miraban con el mismo horror con que abominaban a las demás naciones.» SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Ioannem hom.*, 30.

¹¹ «¿Por qué promete lo que estaba pidiendo?» SAN AGUSTÍN, cit., 12.

¹² X. LEÓN-DUFOUR, *Lectura dell'Evangelo secondo Giovanni*, Cinisello Balsamo 1990, 316.

indirectamente a la pregunta pues implica que Él es más grande que el patriarca, la Suya es un agua que se convierte (no se convertirá, sino se convierte, un don presente ya ahora, desde el momento de la fe, no solo después de la muerte); se convierte en quien la recibe en fuente «que brota para vida eterna.» «Es del todo evidente que prometía agua no visible, sino invisible; es del todo evidente que hablaba en sentido no carnal, sino espiritual.»¹³

«Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla.» Sin acabar de entender las palabras de Jesús, algo ella ya ha entendido: puede esperar en Él, puede dirigirse a Él como alguien que puede escucharla, alguien a quien puede pedirle, alguien ante quien presentar sus necesidades. ¿A quien me dirijo yo en estos términos «dame»? ¿Reconozco en Jesús aquel que puede saciar mi sed? ¿Me pongo ante Él con toda humildad y le pido? ¿Me pongo ante Él y le presento mi necesidad? ¿Me pongo ante Él como hija, como discípula, como seguidora?

Aquí el diálogo toma un giro inesperado, una nueva provocación, esta vez entra a un ámbito más delicado, personal e íntimo: «vete, llama a tu marido y vuelve acá.» Ella admite que no tiene marido; Jesús le dice: has dicho la verdad porque «has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo.» Ante esta evidencia de la problemática de su vida personal la mujer no se siente agredida, juzgada, no se marchó en seguida horrorizada, si no que por el contrario confiesa¹⁴ «Señor, veo que eres un profeta.» ¿Qué significa esta parte del texto? La mujer ha tenido cinco maridos y ahora vive con uno que no es su marido. Pero al mismo tiempo estos cinco maridos simbolizan la infidelidad religiosa del pueblo samaritano. La samaritana no tiene verdadero marido; el pueblo samaritano no adora al verdadero Dios. La infidelidad de la mujer la ha hecho incapaz de encontrar al amor verdadero; la cerrazón y la soberbia del pueblo samaritano han obstaculizado su encuentro con el verdadero Dios. En el lenguaje bíblico no es extraño que la infidelidad conyugal se use para simbolizar la infidelidad del hombre para con Dios.

Esta simbología explicaría por qué la mujer hace referencia inmediatamente a la cuestión religiosa; tras aceptar que el judío que le habla es un profeta – segundo paso en su comprensión del misterio, primero había aceptado que le podía dar agua viva – le plantea el dilema religioso que preocupaba a los samaritanos: ¿Dónde se debe adorar a Dios, en este monte (Monte Garizim) o en Jerusalén? ¿Dónde podemos encontrar a Dios? Dilema religioso de un pueblo que vivía diariamente las consecuencias de la polémica con sus vecinos; dilema religioso que es también la búsqueda espiritual personal de esta mujer.

¹³ SAN AGUSTÍN, cit., 14.

¹⁴ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Ioannem hom.*, 31: «Aquella mujer, reprendida por Jesucristo, no se afligió, ni abandonándole se marchó. Sino que se admiraba y se detenía y perseveraba. Por esto sigue el Evangelista: "La mujer le dijo: Veo, Señor, que tú eres profeta". Como diciendo: como me has demostrado lo que yo tenía oculto, me has dado a conocer que eres un profeta.»

Pero Jesús una vez más no se deja atrapar en el dilema, su presencia supera el dilema. «Ni en este monte ni en Jerusalén», llega la hora, la hora está acá, en que el culto no dependerá de un lugar. Es la hora de adorar al Padre – notemos que llama a Dios Padre, dándole el nombre cuando la samaritana se había limitado a referirse a Dios - «en espíritu y en verdad.» Adorar en espíritu se refiere a la interioridad, la intimidad del corazón pero en presencia del Espíritu Santo no limitándose a una buena disposición subjetiva. Adorar en verdad debe ser entendido no en el sentido de sinceridad sino en el sentido de la revelación que ha traído Jesús: adorar al Padre en verdad supone acoger la Palabra, creer lo que Jesús ha enseñado. «En espíritu y en verdad» una endiade en la que el segundo término explica el primero: auténtica adoración producida por el Espíritu que comunica la verdad de Cristo. Se relaciona con el agua viva que ya se había mencionado en la conversación: adorar según la revelación de Jesús, según la acción del Espíritu, adorar no según los propios caprichos subjetivos, según la verdad de Jesús y no según las propias ideas. Explica Teofilacto: «Hay muchos que creen que adoran a Dios en espíritu sin que tengan de Dios ideas rectas, como son los herejes. Por esto añade “adorar en verdad” .»¹⁵ Estos son los adoradores que el Padre busca; Dios se interesa de nuestra respuesta, busca que lo amemos de corazón, que lo amemos «en espíritu y en verdad.»

La mujer sigue creciendo en su comprensión y acogida del misterio del Señor con el que habla y menciona al Mesías, gran esperanza de su pueblo, sabe que vendrá a desvelarlo todo. Quizá lo menciona porque comienza a reconocerlo en este judío que ha estado hablando con ella. «Yo soy, el que está hablando contigo» confirma Él. «Yo soy» es un velado anuncio de la divinidad. Jesús creyó oportuno darlo a conocer a esta mujer, pues había ya visto en ella la disposición de corazón correcta. Otras veces le habían preguntado los judíos: dinos claramente si eres el Cristo, pero él se rehusó a contestarles¹⁶.

Los discípulos se sorprendieron de que hablara con una mujer pero no osaron pedirle aclaraciones.

¹⁵ «Pero hay muchos que creen que ellos adoran a Dios en espíritu (esto es, por el alma), sin que tengan de Dios ideas rectas, como son los herejes. Por esto añade: "Y en verdad". Acaso alguno dirá que se indica en lo dicho los dos ámbitos del conocimiento que existen en nosotros, a saber: la acción y la contemplación. Y así por medio del espíritu se indicaría la actividad según aquellas palabras del Apóstol: "Los que obran según el espíritu de Dios", etc. (Rm 8,14) Por medio de la verdad se referiría a la contemplación. O de otra manera: creían los samaritanos que Dios sólo estaba en un lugar determinado y que allí debía adorársele, contra los que dicen que los verdaderos adoradores no adoran en un lugar determinado, sino en el espíritu. Para los judíos, todo se encontraba bajo figura y en sombra. Y por tanto se dice que los verdaderos adoradores no adorarán en figura, sino en verdad. Y como Dios es espíritu, busca adoradores espirituales; siendo El la verdad, busca a los verdaderos.» Teofilacto cit. en SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Catena aurea*, In Ioannem, IV, 4, 23-24.

¹⁶ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Ioannem Hom.*, 32: «Mas Jesucristo se da a conocer a aquella mujer, y por esto sigue: "Jesús les dijo: yo soy, que hablo contigo" (Jn 10,24) Y en verdad, si en el principio hubiese dicho esto a la mujer, le hubiera parecido que hablaba por vanidad; mas ahora, poco a poco, la había traído a la memoria de Cristo. Y por esto se dio a conocer con toda oportunidad. Pero cuando los judíos le preguntaban: "Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente", no se dio a conocer, porque no le buscaban para aprender de El, sino para injuriarle. Mas ésta hablaba con intención sencilla.»

La mujer dejó su cántaro y se fue a la ciudad. Gesto que parece sugerir la prisa que tenía por anunciar a otros lo que había encontrado; simboliza que ahora ella no se apoya en sus seguridades tangibles sino ante todo en la promesa, en la palabra de Jesús. Nos parece ver la escena del cántaro ahí abandonado expresando haber encontrado un tesoro mayor por el cual vale la pena dejarlo todo.

San Agustín nos dice: «¿qué haría sino dejar ya la hidria y correr a evangelizar? Arrojó sus pasiones y se lanzó a anunciar la verdad. Aprendan quienes quieren evangelizar, arrojen la hidria junto al pozo. ... Arrojó pues, la hidria que, mas que servirle, le era una carga; ávida, deseaba ciertamente saciarse del agua aquella. Para anunciar a Cristo, tirada la carga, corrió a la ciudad y dice a aquellos hombres: venid y ved un hombre que me dijo todo lo que hice, ¿acaso no será el Mesías?»¹⁷

Y Orígenes¹⁸: «El Señor se valió de esta mujer, acaso como de un apóstol para con sus conciudadanos, de tal modo que, inflamándola por medio de sus palabras, dejó el cántaro y corrió a la ciudad a referirlo a sus conciudadanos... impulsada por la utilidad de muchos.»

La mujer regresa a la ciudad, exhorta a la gente a ir a ver a Jesús. Nótese la delicadeza con la que anuncia: «me ha dicho todo lo que yo he hecho, ¿no será el Cristo?» como sin querer imponerse, sin querer irritar, suscitando curiosidad. Con «genio femenino» supo escoger las palabras adecuadas para que aceptaran su mensaje.

Tras un intermedio en el que tiene lugar un diálogo de Jesús con sus discípulos sobre la voluntad del Padre como verdadero alimento de Jesús (vv. 31-38), el evangelista nos vuelve a decir que los samaritanos de Sicar, que habían creído inicialmente por el testimonio de la mujer samaritana, ahora van a escuchar a Jesús directamente (v.40-41). Ella dio testimonio del signo del que fue testigo, de la clarividencia de Jesús, de la verdad de Jesús que iluminó su vida. Creyeron «primero mediante la fama, después mediante la presencia. Así sucede hoy con quienes están fuera y aún no son cristianos: Cristo es anunciado mediante amigos cristianos; como gracias a la mujer, esto es, a la Iglesia anunciadora, vienen a Cristo, creen mediante esa fama. Se queda con ellos dos días, [...] y en él creen muchos más y con más fuerza que verdaderamente él mismo es el Salvador del mundo.»¹⁹

Han pasado de creer en sus palabras a saber por sí mismos. Y entendieron en seguida que era el Salvador también para ellos, no sólo para los judíos.

¹⁷ SAN AGUSTÍN, *cit.*, 30.

¹⁸ ORÍGENES, *In Ioannem tom.*, 14.

¹⁹ SAN AGUSTÍN, *cit.*, 33.

II. Marta y María

Las hermanas de Betania aparecen en distintos pasajes del Evangelio. Las analizaremos por la amistad particular que tuvieron con Jesús [«Jesús amaba a Marta, a su hermana María y a Lázaro» (Jn 11, 5)]. Aparecen en tres pasajes, junto a su hermano Lázaro en dos de ellos pero ellas destacan más que él; en efecto, ellas hablan y protagonizan, él no habla, solamente es resucitado de entre los muertos por Jesús. Los tres hermanos compartían su amor al Señor, su fe en él. Notamos además rasgos peculiares de cada una de las hermanas, interacción de cada una con el Señor, distintas personalidades, distintas reacciones; son interesantes porque nos dan más luces sobre las relaciones de Jesús con las mujeres. Ambas, cada una a su modo, son testigos del Señor y su fe arrastra a otros a la fe.

1. El primero de los pasajes

Lucas 10, 38 Yendo ellos de camino, entró en un pueblo; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. ³⁹ Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra, ⁴⁰ mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Al fin, se paró y dijo: Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude. ⁴¹ Le respondió el Señor: Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; ⁴² y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada.

Se nos dice que la casa era de Marta. ¿Sería la hermana mayor? Se menciona solamente una casa donde Jesús era acogido, una mujer que activamente preside en esta acogida. Algunos expertos han destacado el rol de la casa y de la mujer en el NT. Durante los primeros siglos del cristianismo la Iglesia vivió reuniéndose en casas acogedoras, no pocas veces casas de mujeres, que las ponían a disposición de la iglesia; eran casas que las mujeres ayudaban a hacer acogedoras. Encontramos en este pasaje a Jesús mismo disfrutando del don de una casa acogedora y en este contexto Jesús deja el mensaje central de que la única cosa necesaria es el amor que se hace escucha, el amor que acoge, más que la *diakonía* ansiosa²⁰.

Marta practica la hospitalidad; María sentada a sus pies escuchaba las «palabras llenas de gracia» que salían de la boca del Señor. Estar a los pies de un maestro es una actitud que expresa discipulado. San Pablo por ejemplo dice que creció a los pies de Gamaliel.

²⁰ Cf. E. BOSSETTI, *Donne nel popolo di Dio*, Leumann 1998.

Conocemos el sentimiento de Marta... nosotras atareadas trabajando mientras otros disfrutaban, el deseo de que nos ayuden para disfrutar nosotros también... cuánto podemos entender la reacción de Marta. El evangelista la describe «atareada con muchos quehaceres», o en otras traducciones «absorbida por el mucho servicio», «preocupada»... y como no estarlo con tan ilustre huésped, al que la unían lazos de profundo amor. Ante su frustración llama en causa al huésped mismo. María no replica, no se justifica, espera la respuesta del Señor confiándole a él su causa²¹.

«Marta, Marta», repetición que indica a la vez afecto y llamada de atención²². También le dijo a Pedro, «Pedro, Pedro» cuando lo estaba alertando contra los ataques de Satanás. También a Marta la está alertando, ¿cuál es la tentación de la que quiere protegerla? Ojo que Jesús no le reprocha a Marta la hospitalidad²³ ni el servicio, sino la ansiedad, la excesiva preocupación y el perder de vista lo esencial²⁴.

«Te preocupas y te agitas por muchas cosas,» muchos servicios. María ha escogido la parte buena, la parte mejor. La única verdaderamente necesaria.

El servicio es bueno, la acogida del huésped también, son expresiones de la caridad, son muy importantes en la cultura del medio-oriente aún hoy. Pero Marta se agita y preocupa por muchas cosas, que son temporales, que son buenas pero transitorias; una sola cosa es necesaria, una sola es central, una sola es importante, una sola cosa quedará cuando pase la escena de este mundo. Lo que María ha escogido no le será quitado, al contrario, aumentará. Durará para la vida eterna.

²¹ Cf. SAN AGUSTÍN, *Sermón* 103, 2.

²² *Idem*.

²³ SAN AGUSTÍN, *De verb. Dom. serm.*, 27. «¡Cómo! ¿Creemos que fue vituperada la conducta de Marta, que se ocupaba en las faenas propias de la hospitalidad, cuando tan gozosa estaba por tener un huésped tan grande? Si esto es así, que cesen los hombres de servir a los pobres, dedíquense a la palabra, ocúpense en la ciencia saludable y no se cuiden si hay algún peregrino en el lugar, si alguno necesita de pan; abandonen las obras de misericordia, aplicándose sólo a la ciencia.»

²⁴ TEOFILACTO, «El Señor no vitupera la hospitalidad, sino el cuidado por muchas cosas, esto es, la absorción y el tumulto. Y vean cómo el Señor nada dijo primero a Marta; mas cuando ella intentaba distraer a su hermana, entonces el Señor, habida ocasión, la corrigió. La hospitalidad es honrada mientras que nos atrae a las cosas necesarias; mas cuando empieza a estorbar a lo más útil, es manifiesto que la atención a las cosas divinas es más honorable.» Cit. en SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Catena aurea*, In Lucam, X, 10, 40-42.

Para San Agustín²⁵ Marta y María representan a la Iglesia. Marta recibe al Señor en su casa; la Iglesia lo recibe en su corazón. María representa la Iglesia futura que cesando su ministerio de caridad gozará de la visión cara a cara. Marta quejándose de su hermana representa la Iglesia (y también a cada una de nosotras) cuando se turba e inquieta por muchas cosas siendo que una sola es necesaria. María eligió la mejor parte porque el servicio no es un fin en sí mismo, por el servicio se va a la comunión auténtica con Dios, que no pasará jamás.

Este primer pasaje nos sirve para conocer a las dos hermanas, sus rasgos particulares, y es además ocasión para que el Señor deje una enseñanza esencial: servir sin «agitarnos y preocuparnos», sin olvidar que «una sola cosa es necesaria», sin olvidar «escoger» también nosotros «la parte mejor.»

2. Resurrección de Lázaro

Juan 11, 1 Había un enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. ² María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo. ³ Las hermanas enviaron a decir a Jesús: Señor, aquel a quien tú quieres está enfermo. ⁴ Al oírlo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. ⁵ Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. ⁶ Cuando se enteró de que estaba enfermo, permaneció dos días *más* en el lugar donde se encontraba. ⁷ Al cabo de ellos, dice a sus discípulos: Volvamos de nuevo a Judea. ⁸ Le dicen los discípulos: Rabí, hace poco que los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí? ⁹ Jesús respondió: ¿No son doce las horas del día? Si uno anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo. ¹⁰ Pero si uno anda de noche, tropieza, porque no está la luz en él. ¹¹ Dijo esto, y añadió: Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarlo. ¹² Le dijeron sus discípulos: Señor, si duerme, se curará. ¹³ Jesús lo había dicho de su muerte, pero ellos creyeron que hablaba del descanso del sueño. ¹⁴ Entonces Jesús, les dijo abiertamente: Lázaro ha muerto; ¹⁵ y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vayamos allá. ¹⁶ Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo los otros discípulos: Vayamos también nosotros a morir con Él.

¹⁷ Cuando llegó Jesús se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. ¹⁸ Betania estaba cerca de Jerusalén, como a unos quince estadios; ¹⁹ y muchos judíos habían venido a casa de Marta y María, para consolarlas por su hermano. ²⁰ Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa. ²¹ Dijo Marta a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. ²² Pero aun ahora, yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá. ²³ Le dice Jesús: Tu hermano resucitará. ²⁴ Le respondió Marta: Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día. ²⁵ Jesús le respondió: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá, ²⁶ y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees

²⁵ SAN AGUSTÍN, *De quaest. Evang.* 2, 30. «En sentido místico, Marta, recibiendo al Señor en su casa, representa la Iglesia, que ahora lo recibe en su corazón. María, su hermana, que estaba sentada junto a los pies del Salvador y oía su palabra, representa la misma Iglesia, pero en la vida futura, en la que, cesando de todo trabajo y ministerio de caridad, sólo goza de la sabiduría. En cuanto a que Marta se queja de su hermana porque no le ayuda, se da ocasión a la sentencia del Señor, con la que muestra que esta Iglesia se inquieta y turba por muchas cosas, cuando sola una cosa es necesaria, a la cual llega por los méritos de este ministerio. Dice que María "eligió la mejor parte", porque por ésta se va a aquélla que no se quita jamás.»

esto? ²⁷ Le dice ella : Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo.

²⁸ Dicho esto, fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído: El Maestro está ahí, y te llama.

²⁹ Ella, en cuanto *lo* oyó, se levantó rápidamente y se fue hacia Él. ³⁰ Jesús todavía no había llegado al pueblo; sino que seguía en el lugar donde Marta le había encontrado. ³¹ Los judíos, que estaban con María en casa consolándola, al ver que se levantaba rápidamente y salía, la siguieron pensando que iba al sepulcro para llorar allí. ³² Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies, y le dijo: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. ³³ Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó ³⁴ y dijo: ¿Dónde lo habéis puesto? Le responden : Señor, ven y lo verás. ³⁵ Jesús derramó lágrimas. ³⁶ Los judíos entonces decían: Mirad, cómo le quería. ³⁷ Pero algunos de ellos dijeron: Éste que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que éste no muriera? ³⁸ Entonces Jesús, se conmovió de nuevo en su interior y fue al sepulcro. Era una cueva, y tenía puesta encima una piedra.

³⁹ Dice Jesús: Quitad la piedra. Le responde Marta, la hermana del muerto: Señor, ya huele, es el cuarto día. ⁴⁰ Le dice Jesús: ¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios? ⁴¹ Quitaron pues la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto, y dijo: Padre, te doy gracias por haberme escuchado. ⁴² Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado. ⁴³ Dicho esto, gritó con fuerte voz: ¡Lázaro, sal afuera! ⁴⁴ Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas, y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dijo: Desatadlo, y dejadle andar.

Encontramos de nuevo a las hermanas de Betania en el Evangelio de San Juan, protagonistas del último signo de Jesús antes de la Pasión, signo que revela a Jesús como la resurrección y la vida, signo que revela la victoria sobre el último enemigo: la muerte. San Juan hace mención al episodio de la Unción que tendrá lugar en el futuro (v.2), ligándolo a este relato: ante la muerte de su amigo Lázaro, Jesús piensa en su propia muerte que se acerca.

Las hermanas, ante la enfermedad de Lázaro, mandan un mensaje a Jesús, evidencia que son sus discípulas. Notamos un paralelo entre el modo como solicitan la intervención de Jesús y el modo como su madre María pidió su intervención en Caná, en el primer signo: de modo implícito, limitándose a informar a Jesús de lo sucedido, confiando a Él la decisión sobre qué hacer y cómo: «Señor, aquel a quien tú quieres está enfermo» (v.3)

El evangelista nos aclara que Jesús amaba a los tres hermanos; sin embargo no corre a Betania, se detiene todavía dos días. Finalmente decide ir (vv. 5-6).

Encuentra primero a Marta, que sale a su encuentro (v.20), expresando así su confianza y su fe, su ser más “volcada a la acción” que su hermana, que se queda sentada en casa como convenía a una mujer en luto. Marta corre, encuentra al Señor y le dice «Señor, si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto» (v.21). El diálogo que se instaura aquí entre Jesús y Marta es

uno de los más importantes del evangelio, un diálogo donde Jesús se auto-revelará a Marta.²⁶

Como decíamos, Marta sale a buscar a Jesús expresando su absoluta confianza en Él ante la tristeza por la muerte de su hermano, seguramente alentada por el hecho de verlo, por estar ahí con él «pero aún ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá» (v.22). Jesús alude a la resurrección y ella proclama la fe judía en la resurrección. Pero de ahí viene la revelación de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?» (v.25) Marta ya tiene la fe judaica en la resurrección pero Jesús le muestra que desde ahora el creyente es un viviente, tiene el germen de vida eterna en él. Jesús mismo es la Vida verdadera para el creyente.

Como respuesta encontramos la profesión de fe de Marta: «Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo» (v.27); una confesión de fe propiamente cristiana, fe en la identidad de Jesús. Nótese además que Marta ha creído antes del milagro, ha creído por la revelación de Jesús, acogéndola y expresándola con títulos que no se ha dado Jesús a sí mismo²⁷. No dice nada más sobre la muerte de su hermano, como si añadir algo más tras lo dicho fuera casi superfluo, más bien se va a llamar a su hermana (v.28).

El encuentro con **María** es simétrico. Con algunas particularidades; María sale a encontrar al Señor tras ser advertida discretamente por Marta y es seguida por los judíos que piensan que va a llorar a la tumba (v.31). Llegando ante Jesús cae a sus pies, gesto que Marta no hizo, le dice misma frase que su hermana: «Señor, si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto» y llora (v.32-33). María es una mujer más gestual, más ritual.

María expresa su tristeza, su tristeza se transmite también a los judíos y todos estos hechos conmueven interiormente a Jesús, lo turban, lo hacen derramar lágrimas (v.33.35). Jesús se conmueve ante la presencia trágica de la muerte y de la desolación que ésta trae a la vida humana. Esta experiencia de María pone a Jesús ante la realidad de la muerte, no solo la de Lázaro, sino la suya que se acerca²⁸. Jesús llora y sus lágrimas son el amor del Padre que llega a los discípulos, son las lágrimas de Dios ante la muerte que separa a los hombres, las lágrimas de Aquel que debe aceptar la prueba. «Sí, Jesús habría

²⁶ Cf. *Mulieris Dignitatem*, 15.

²⁷ Cf. NURIA CALDUCH-BENAGES, *Marta, una vera discepola di Gesù*, en www.laici.org – sección mujer. Ver también: NURIA CALDUCH-BENAGES, *Il profumo del Vangelo. Gesù incontra le donne*, Milano 2007, 81-105.

²⁸ X. LEÓN-DUFOUR, 699.

podido evitar que Lázaro muriese pero no puede escaparse de su muerte, no puede no entregar su propia vida, porque este es el itinerario del Hijo del hombre, es la orden que Jesús ha recibido de su Padre.»²⁹ Recordemos que el milagro está en el contexto de la determinación de Jesús de subir a Judea ante la oposición de sus discípulos que ven el peligro y en el contexto de la sentencia del Sumo Sacerdote «conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación.» (Jn 11, 50)

Llegado al sepulcro, ordena que se retire la piedra; Marta intenta detenerlo porque al cuarto día ya hay mal olor (v.39). Es un contraste con su fe anterior; en el momento decisivo Jesús está solo ante el poder de la muerte. Jesús le asegura «si crees verás la gloria de Dios» (v. 40)

Jesús hace una oración al Padre (v.41b-42) que no es un pedido sino ya una acción de gracias, sabe que el Padre lo ha escuchado, también en anticipación a su Hora cuya proximidad lo había turbado. Su oración expresa certeza de la presencia y salvación del Padre.

De ahí grita con fuerte voz llamando a Lázaro por su nombre, ordenándole salir (v.43). Lázaro sale todavía con las vendas, y esto contrasta con la resurrección de Jesús, que dejará las vendas puestas en orden y el sudario doblado aparte (v.44). El evangelista no narra encuentro de Lázaro con Jesús o con sus hermanas. El milagro nos es narrado en vistas a la muerte de Jesús y por eso se nos habla más bien de sus consecuencias en los judíos que buscaban ocasión para matarlo. Marta y María, con su fe, con su particular amor por Jesús, van asumiendo un rol importante en este momento central de la vida de Jesús. Por ellas los judíos presentes en el funeral de Lázaro vieron el signo cumplido por Jesús, muchos de ellos creyeron, otros temieron y fueron a avisar a los fariseos. Se acercaba la Pascua, se acercaba la Hora, estas dos amigas de Jesús están ahí, cumpliendo fielmente su papel. Y seguirán presentes, según la narración de San Juan, también en el próximo episodio.

La unción en Betania

Juan 12, 1 Seis días antes de la Pascua, Jesús se fue a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. ² Le dieron allí una cena. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. ³ Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume. ⁴ Dice Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo había de entregar: ⁵ ¿Por qué no se

²⁹ *Idem.*, 700.

ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres? ⁶ Pero no decía esto porque le preocuparan los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella. ⁷ Jesús dijo. Déjala, que lo guarde para el día de mi sepultura. ⁸ Porque pobres siempre tendréis con vosotros; pero a mí no siempre me tendréis.

Mateo añade: **26** ¹³ En verdad os digo: Dondequiera que este evangelio se predique, en el mundo entero, se hablará también de lo que ésta ha hecho, en memoria suya.

El contexto de este pasaje es la tensión de los sumos sacerdotes y de los fariseos que San Juan nos presenta exasperados tras la resurrección de Lázaro, tomando decisiones sobre arrestar a Jesús, dar muerte a Lázaro, etc. Es un contexto entonces de peligro, de muerte, de amenaza...

Jesús está de nuevo en Betania, de nuevo en la intimidad de una casa acogedora que el evangelista Juan no nos dice de quien es. Este relato tiene paralelos en los evangelios de san Mateo y san Marcos; ellos dicen que es la casa de Simón el Leproso. Sólo Juan nos dice que la mujer es María de Betania y sólo él presenta también a Marta y a Lázaro en la escena. Juan nos presenta a Marta sirviendo, en consonancia con el rasgo de su personalidad que ya hemos notado: mujer activa, de servicio. Y Lázaro también estaba a la mesa.

Entra María en la escena y cumple su gesto elocuente, significativo: «derramó sobre la cabeza de Jesús» nos dicen Mateo y Marcos, «ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos», nos dice Juan, con «una libra de perfume de nardo puro, muy caro»

Los tres relatos coinciden en que el perfume es muy costoso, coinciden en que es derramado abundantemente sobre Jesús. Marcos y Juan nos dicen que es de nardo, Mateo y Marcos describen el frasco de alabastro que lo contenía. Juan nos informa sobre la cantidad: una libra – aproximadamente 330 gramos. Otro detalle, que parece añadirse al del costo: el perfume de nardo es puro, auténtico: *nardou pistikés, unguenti nardi pistici pretiosi*, palabra de incierto significado, sin paralelos en literatura griega, pero dado que *pistis* significa fe se traduce como nardo genuino. Para los Padres este hecho habla del carácter misterioso, simbólico, del pasaje. «Expresa magníficamente algo misterioso»³⁰, alude a un misterio que trasciende los hechos narrados, alude a la muerte y resurrección de Jesús, alude a la adoración de Jesús por parte de sus discípulos, a la gratuidad del amor que Él inspira.

María no habla con nadie, ni siquiera con Jesús. Simplemente irrumpe en la escena y cumple su gesto; su gesto es la palabra más elocuente. María, una vez más a los pies de Jesús, no parece interesarse de las reacciones, sigue adelante con su acción. El evangelista no explica la acción, no la juzga,

³⁰ Cfr. SAN AGUSTÍN, *In Ioh. Ev.*, L, 6. Cfr. CALDUCH-BENAGES, 89.

solamente la describe indicando que la casa se llenó de la fragancia del perfume. Quizá es esta una delicada forma de aprobación de la acción de María³¹.

Mateo y Marcos dicen que ungió la cabeza de Jesús; Juan dice que ungió los pies y los secó con sus cabellos. San Agustín dice que esto debemos entenderlo en el sentido de que ungió la cabeza y los pies³². Es usual ungir la cabeza, inusual ungir los pies, más inusual aún secarlos con los cabellos pues una mujer judía respetable no aparecía en público con sus cabellos sueltos. El detalle de enjugar los pies de Jesús con los cabellos aparece en otro relato del evangelio de San Lucas, donde una mujer pecadora lava los pies de Jesús con sus lágrimas y los seca con sus cabellos (pero es preciso distinguir entre estos dos episodios).

¿Quizá María ungió los pies de Jesús con tanto perfume que tuvo que secarlos con sus cabellos? ¿Quizá al romper el frasco ungió no solo la cabeza sino los pies y quiso quitar la abundancia del perfume enjugándolo con sus cabellos? Lo cierto es que los cabellos de María recogen el perfume de los pies de Jesús y ella se ve envuelta en su fragancia. A partir de este momento el perfume de Jesús es también el perfume de María. Ahora María tiene en su cabeza la fragancia no tanto del nardo, como de Cristo, fragancia del nardo impregnado ahora de la calidad y virtud del cuerpo de Jesús³³. Este nuevo perfume llena la casa como el Evangelio llena el mundo³⁴.

Este perfume que se expande representa la intensidad del amor que ha inspirado el gesto de María; amor que se expandirá por el mundo. María hizo lo que también nosotras estamos llamadas a hacer: encontrar a Jesús, amarlo y, con el testimonio de nuestra fe, darlo a conocer.

El gesto de María no pasa inadvertido a los presentes; por el contrario, los coge por sorpresa, suscita reacciones de incomprensión, críticas. Juan dice que Judas es el que critica, Marcos los invitados, Mateo los discípulos. Coinciden en notar que el gesto suscita incomprensión, parece un exceso, algo exagerado, desproporcionado.

³¹ Cfr. N. CALDUCH-BENAGES, *Il profumo del Vangelo*, 86.

³² SAN AGUSTÍN, *De cons. evang.*, 2,79.

³³ Cf. ORÍGENES, *Comentario al Cantar de los Cantares*, SC 37bis, 80: «gracias a su cabellera, recibe y recupera para sí el perfume, impregnado ahora de la calidad y virtud del cuerpo de Jesús; al atraer hacia ella, no tanto el olor del nardo, gracias al perfume, como el olor del mismo Verbo de Dios, gracias a sus propios cabellos con los que le enjugaba los pies, puso también sobre su cabeza la fragancia no tanto del nardo, como de Cristo, y podía decir: Mi nardo, derramado en el cuerpo de Cristo, devuelve el olor de éste.».

³⁴ CALDUCH-BENAGES, 90.

Pero Jesús acoge el gesto interpretándolo como anticipación de su sepultura, la cena era anticipación del banquete celeste de la resurrección, pero Jesús no olvida que esta nueva vida requiere el paso por la Pascua. Jesús defiende el gesto de las críticas demasiado pragmáticas.

La interpretación de Jesús nos permite afirmar que María de Betania es el único personaje del evangelio de Juan que presiente el misterio de la Hora, que lo anticipa. María guardaba un perfume precioso que no ha vendido para dar el dinero a los pobres pensando en guardarlo para el día de la sepultura de Jesús y lo ha utilizado ahora, presintiendo la proximidad de la Hora de Jesús. Esta interpretación casa también con al frase paralela de Mc: «Dondequiera que el Evangelio se predique se hablará de lo que ésta ha hecho para memoria suya»: como diciendo que el significado del gesto de María hará parte de la Buena Noticia.

María, con su amor, ha participado por intuición en la Pascua de Jesús.³⁵ El suyo es un acto de fe comparable a la solemne profesión de fe de su hermana Marta, que ya hemos visto. Por eso podemos afirmar que las dos hermanas son cada una a su modo testigos de la fe en Jesús, el Hijo de Dios, el rey-Mesías de Israel³⁶. Cada una a su modo porque María parece preferir callar; Marta hablar. María es una mujer de gestos elocuentes. Marta de servicio y de acción. María no parecía ocuparse del servicio concreto cuanto de la gloria del Señor y se acercaba a él como a Dios,³⁷ representa a todos los que aman a Jesús con corazón sincero y agradecido.³⁸ Ambas profesan su fe, María con gestos, Marta con una profesión equivalente a la de Pedro: tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que había de venir.

La fragancia del perfume de Betania es símbolo de la victoria de Cristo sobre la muerte, es un gesto que manifiesta que Cristo nos da la vida verdadera con su muerte, que su cuerpo es prenda de inmortalidad, que la fragancia de Cristo se difundirá en el mundo entero comunicando vida y salvación³⁹.

El gesto de María es «signo de una sobreabundancia de gratuidad» que es característica del modo de amar de las mujeres. Ante ojos pragmáticos, ciertos gestos de amor pueden parecer un despilfarro; pero «para la persona seducida en el secreto de su corazón pro la belleza y la bondad del Señor, es

³⁵ LEÓN-DUFOUR, 720.

³⁶ CALDUCH-BENAGES, 93.

³⁷ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Ioannem hom.*, 64.

³⁸ CALDUCH-BENAGES, 88.

³⁹ Cf. CALDUCH-BENAGES, 105.

una respuesta obvia de amor, exultante de gratitud por haber sido admitida de manera totalmente particular al conocimiento del Hijo y a la participación en su misión divina en el mundo.»⁴⁰

Marta y María, dos hermanas discípulas del Señor, cada una siguiéndolo, sirviéndolo y dando testimonio de Él desde su propia individual vocación. Ambas modelo para nosotras, ambas nos abren horizontes de fidelidad.

III. Mujeres en la Pasión, Muerte, Resurrección. En particular María de Magdala.

Sabemos bien que, al llegar la hora de Jesús, y ante los dolorosos hechos de su pasión, las mujeres que lo habían seguido desde Galilea⁴¹ no huyeron temerosas sino que lo acompañaban, mirando de lejos⁴² cuanto sucedía. Mientras los discípulos, atemorizados, habían huido, ellas no se separaron de su lado⁴³. María Magdalena es una de las mujeres que estaban junto a la cruz de Jesús, citada por tres de los cuatro evangelistas. Si solo las mujeres y San Juan estuvieron cerca de la cruz, junto con algunos otros discípulos, ninguno de los Doce, que habían huido atemorizados, podemos concluir que de su testimonio ocular nos vienen los relatos evangélicos de los últimos momentos de la pasión y muerte de Jesús.

Pasado el día de descanso tras la muerte de Jesús, las mujeres son las primeras que se mueven, que empiezan a hacer algo. Se acercan al sepulcro, habiendo preparado especies y aromas para ungir el cuerpo, según la costumbre judía. Son ellas las primeras en saber de la resurrección, son ellas las primeras en escuchar el anuncio de la noticia que cambiaría para siempre

⁴⁰ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 104.

⁴¹ Mt 27,55 «Y muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle, estaban allí, mirando de lejos; ⁵⁶ entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.»

⁴² Mc 15,40 «Había también unas mujeres mirando de lejos, entre las que *estaban* María Magdalena, María, la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé, ⁴¹ las cuales cuando *Jesús* estaba en Galilea, le seguían y le servían; y *había* muchas otras que habían subido con Él a Jerusalén.» Lc 23,49 «Pero todos sus conocidos y las mujeres que le habían acompañado desde Galilea, estaban a cierta distancia viendo estas cosas.»

⁴³ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homiliae in Matthaeum*, 88,2. «Pero estas mujeres contemplaban lo que entonces sucedía (porque eran sumamente compasivas) Y véase la constancia con que continuaron asistiéndole hasta en los mismos peligros, manifestando así su gran fortaleza, pues mientras los discípulos habían huido, ellas no se separaron de su lado.»

la historia. «Por su amor y celo por Cristo fueron consideradas dignas»⁴⁴ de recibir este mensaje. Los discípulos inicialmente no les creyeron.

Algunos testimonios de los Padres que se sorprenden ante esta «inusual» circunstancia:

San Agustín: «... en este hecho hay que considerar la amorosa disposición de nuestro Señor... por el sexo femenino cayó el hombre y por el sexo femenino encontró reparación, pues una virgen había dado a luz a Cristo y una mujer anunciaba su resurrección. Por una mujer entró la muerte; por una mujer, la vida. Pero los discípulos no creyeron lo que habían dicho las mujeres; pensaban que deliraban a pesar de que anunciaban la verdad.»⁴⁵

Crisólogo dice: «Mujer ya santificada, vuelve al hombre; persuádelo a que crea, ya que antes le enseñaste a pecar; cuéntale cómo es verdad que Jesús ha resucitado, una vez que antes fuiste la causa de su ruina.»⁴⁶

San Cirilo de Alejandría: «Una vez instruidas las mujeres por lo que les habían dicho los ángeles, volvieron a toda prisa a referirlo a los discípulos. Por esto sigue: "Entonces se acordaron de las palabras de El y salieron del sepulcro y fueron a contar todo esto a los once, y a todos los demás". Como la mujer había sido en otro tiempo la causa de la muerte de la humanidad, ahora es la primera elegida para anunciar a todos el gran misterio de la resurrección. Se prefirió el sexo femenino para anunciar el perdón del pecado y la desaparición de la iniquidad.»⁴⁷

Pero destaca entre todas ellas María de Magdala, que tuvo un rol especial, fue la primera que anunció la alegría de la resurrección del Señor. Ella había sido liberada de siete demonios. San Agustín nos dice que sin duda ella era «la que más fervientemente amaba al Señor de entre todas las mujeres que habían amado al Señor»⁴⁸ y por eso San Juan resalta su personal encuentro con el Señor resucitado.

⁴⁴ CIRILLO DI ALESSANDRIA, *Commento a Luca*, PG 72, 939-942: «Le donne giunsero al sepolcro e, dal momento che non poterono trovare il corpo di Cristo, perché era risorto, precipitarono in una grande perplessità. E che cosa accadde? Per il loro amore e zelo per Cristo furono ritenute degne di vedere i santi angeli che allora, quali messaggeri della risurrezione, riferirono loro le gioiose notizie dicendo: Perché cercate un vivo tra i morti? Egli non è qui, ma è risorto!»

⁴⁵ SAN AGUSTÍN, *Discursos*, 232, 2.

⁴⁶ ID., *Sermón 76*.

⁴⁷ CIRILO DE ALEJANDRÍA, cit. en SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Catena aurea*, In Lucam, XXIV, 1, 5-12.

⁴⁸ SAN AGUSTÍN, *De cons. evang.* 3, 24: «No cabe duda que María Magdalena era la que más fervientemente amaba al Señor de entre todas las mujeres que habían amado al Señor; de modo que no sin razón San Juan haga sólo mención de ella sin nombrar a las otras que con ella fueron, como aseguran los otros Evangelistas.»

Juan 20,1 El primer *día* de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro, cuando todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro.² Echa a correr y llega a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús quería, y les dice : Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto. [...] ¹¹ Estaba María junto al sepulcro fuera llorando. Y mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro ¹² y ve dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. ¹³ Dícenle ellos: Mujer, ¿por qué lloras? Ella les respondió: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. ¹⁴ Dicho esto, se volvió y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. ¹⁵ Le dice Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice : Señor, si tú lo has llevado, dime dónde le has puesto, y yo me lo llevaré. ¹⁶ Jesús le dice : ¡María! Ella se vuelve y le dice en hebreo: ¡Rabbuní! (que quiere decir, Maestro). ¹⁷ Dícele Jesús: Deja de tocarme, que todavía no he subido al Padre. Pero vete a mis hermanos, y diles: "Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios." ¹⁸ Fue María Magdalena y dijo a los discípulos: ¡He visto al Señor!, y que había dicho estas palabras.

Juan relata en su capítulo 20 los hechos tras la resurrección, incluyendo dos apariciones del Señor, en relatos que no tienen relación entre sí, que son presentados en serie, uno después del otro. Resalta el «creer» de los que son testigos. El primero que «vio y creyó» es el discípulo amado, que cree tras haber visto el sepulcro vacío, sin haber encontrado al Señor resucitado, solo viendo los signos. Luego creará María de Magdala, tras haber hablado directamente con el Señor resucitado. Luego de estos dos relatos, de fe personal, se nos relata la aparición al grupo de los discípulos y al final del capítulo se proclama «dichosos los que no han visto y han creído» que nos incluye también a nosotros, al lector de hoy. Interesante que los dos discípulos predilectos, un hombre y una mujer, son los que primero creen, ¿será porque tenían más amor? ¿será porque a mayor intimidad mayor capacidad de comprensión y acogida?

La experiencia de María de Magdala empieza con su encaminarse al sepulcro «cuando todavía estaba oscuro,» hay una dimensión simbólica de las tinieblas que todavía se ceñían sobre el mundo⁴⁹, resalta además la prisa de María por llegarse al sepulcro. Juan no nos dice si viene sola o no, no dice para qué viene. Pero encuentra la piedra removida; no entra, no encuentra a nadie, no recibe ningún mensaje, corre a avisar a los discípulos simplemente lo que ha visto, la tumba está abierta, se han robado el cadáver: «se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos donde lo han puesto» (v.2). Nótese que usa el plural sabemos, ¿quizá había otras con ella?

Pedro y el otro discípulo corren a prisa y llegan y constatan que el cuerpo del Señor no está. El otro discípulo, se nos dice, «vio y creyó»; nada se dice de Pedro. Pero ambos regresan a casa. María no regresa con los discípulos a

⁴⁹ Cf. LEÓN-DUFOUR, 1157-1158.

casa, ella se queda en la tumba, llorando (v.11)⁵⁰. El cadáver era para ella como un último lazo con la presencia de Jesús; busca al muerto para poder así re-encontrar al que tanto amó estando en vida. Buscaba un cuerpo que ungir para expresar así su amor, pero no lo encontraba. Perseveró en su búsqueda y encontró lo que buscaba, excediendo las expectativas de su amor. Se nos dice repetidamente que llora, y primero los ángeles, luego el Señor le preguntan repetidamente ¿por qué lloras? (v. 13.15)

Jesús aparece por detrás, María no lo reconoce, cree que es el jardinero. También este desconocido le pregunta por qué llora añadiendo a quien busca, pregunta análoga a la que dirigió a los primeros discípulos que lo seguían: ¿qué buscáis?

Toda esta búsqueda del amado tiene ecos de un pasaje del Cantar: «**3:1** En mi lecho, por las noches, he buscado al amor de mi alma; lo busqué, mas no lo hallé. ² "Me levantaré ahora, y andaré por la ciudad; por las calles y por las plazas buscaré al amor de mi alma." Lo busqué, mas no lo hallé. ³ Me hallaron los guardas que rondan la ciudad, *y les dije*: "¿Habéis visto al amor de mi alma?" ⁴ Apenas los había pasado cuando hallé al amor de mi alma; lo agarré y no lo soltaré...» ¿Quizá el evangelista Juan se inspiró en esta búsqueda para presentarnos la de María de Magdala?⁵¹

En este punto, el encuentro cara a cara. Jesús la llama por su nombre, María (v.16), como llama el Buen Pastor a sus ovejas y éstas le reconocen. No la llama ya mujer sino María. Para la mentalidad semítica el nombre alcanza la interioridad de la persona, no se pronuncia a menudo en el discurso directo. También nosotras, cuando somos llamadas así, con nuestro nombre, descubrimos que tocan algo muy nuestro...

Ante el nombre María por fin reconoce a Jesús, exclamando «rabbuní» (v.16), diminutivo de rabbí, un grito que le brota del corazón, con una nota extra de afecto y familiaridad. Llamada y respuesta, María - rabbuní, nos muestra el intercambio entre dos seres que se aman. Ella experimenta lo que había anunciado el Señor: «vuestra tristeza se convertirá en gozo ... volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar» (16, 20.22)

Jesús ordena a María «deja de tocarme» (v.17) Quizá ella estaba ya agarrada a los pies del Señor con un gesto de adoración. Jesús con estas

⁵⁰ «Tornati via gli uomini, il sesso più debole rimase legato a quel luogo da un affetto più forte. ... Era il dolore che teneva la donna avvinta al sepolcro.» SAN AGUSTÍN, *In Ioh. Ev.*, 121, 1.

⁵¹ Cf. LEÓN-DUFOUR, 1172.

palabras no la rechaza sino que la envía de misión: deja de tocarme pues tendrás que ir a hacer un anuncio, no puedes estar ahí, agarrada a mis pies.

Tras estos discursos María va prontamente a transmitir el mensaje de Jesús a los discípulos; tras el anuncio negativo que había hecho (se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos donde le han puesto) es ahora el momento del anuncio positivo (he visto al Señor). Nótese que ella habla de su experiencia, que la fe pascual es el resultado de un encuentro personal; ella no hace un anuncio objetivo (ha resucitado), sino que les da testimonio de su experiencia: YO he encontrado al Señor, Él me ha hablado.

María Magdalena «ha sido llamada «la apóstol de los apóstoles.»⁵² Antes que los apóstoles, María de Magdala fue testigo ocular de Cristo resucitado, y por esta razón fue también la primera en dar testimonio de él ante de los apóstoles.

CONCLUSIÓN

Los evangelios abundan hermosos testimonios del modo como las mujeres encontraron a Jesús, se aprestaron a seguirlo y fueron sus testigos. Jesús da cumplimiento a aquellas palabras del profeta Joel: «Yo derramaré mi espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán» (Jl 3, 1).⁵³

Ahora pasaremos una semana en una ciudad que Jesús amó, donde caminó, rezó, sufrió, murió y resucitó. Aprestemos nuestro corazón a encontrar a Jesús mientras también nosotras caminamos y rezamos en esta tierra bendita. Encontrándolo, renovemos y fortalezcamos nuestra opción por seguirlo y por ser sus testigos en medio de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Que así sea.

⁵² Cfr. RABANO MAURO, *De vita beatae Mariae Magdaleneae*, XXVII: «Salvator... ascensionis suae eam (=Mariam Magdaleman) ad apostolos instituit apostolam» (PL 112, 1474). «Facta est Apostolorum Apostola, per hoc quod ei committitur ut resurrectionem dominicam discipulis annuntiet»: S. TOMMASO D' AQUINO, *In Ioannem Evangelistam Expositio*, c. XX, L. III, 6 (*Sancti Thomae Aquinatis Comment. in Matthaeum et Ioannem Evangelistas*), Ed. Parmens. X, 629.

⁵³ *Mulieris Dignitatem*, 16.